

“Entre límites y fronteras: articulaciones y desplazamientos en el discurso político de la Argentina pos crisis (2002-2004)”

Daniela Slipak¹

“Es preciso, por tanto, enunciar proposiciones; es preciso, por tanto, hablar para tener ideas generales; porque tan pronto como la imaginación se detiene, el espíritu no camina más que con la ayuda del discurso...”

Jean Jacques Rousseau. *Sobre el origen de la desigualdad.*

I. Hacia un objeto

En 1992 y en 1998, Bernard Manin desarrollaba una serie de argumentos para dar cuenta de ciertos cambios acaecidos en el formato representativo de las democracias occidentales de las últimas décadas, estableciendo, de este modo, un diagnóstico que lo posicionaba en las antípodas de ciertos juicios aceptados en numerosos círculos de discusión académica. En efecto, en “Metamorfosis de la representación” y en *Los principios del gobierno representativo*, dicho autor argumentaba agudamente cómo las transformaciones ocurridas en el último cuarto del siglo XX no se correspondían, como algunos pensadores sostenían, con una *crisis de representación*; por el contrario, se estaba en presencia de una *metamorfosis de la representación*, puesto que, si bien habían sufrido un conjunto de modificaciones, los cuatro principios del gobierno representativo² –instalados desde la consolidación de la república americana y de la francesa- seguían vigentes.

De esta forma, Manin tipificaba dichas transformaciones a través del tránsito de la *democracia de partidos* a la *democracia de audiencia*, en la cual los estilos y estrategias que

caracterizaban los vínculos entre representantes y representados son reconfigurados en el marco de una creciente incidencia de los medios de comunicación en la definición de los procesos políticos. En efecto, en reemplazo de las formas que asumía el vínculo representativo en la democracia de masas –donde los partidos políticos desempeñaban un rol fundamental en la construcción de voluntades, y las preferencias electorales eran estables-, en la *democracia de audiencia*, la representación adquiere un formato personalizado, estableciéndose un vínculo directo y volátil entre la elite gobernante –experta, ahora, en medios de comunicación e imagen- y el electorado –transformado, ahora, en audiencia expresada a través de los sondeos de opinión- (Manin: 1998).

De este modo, si bien los partidos continúan siendo actores indispensables para comprender la dinámica que signa los procesos políticos, el papel predominante que otrora tenían en la constitución de las identidades políticas es desplazado por la centralidad que adquieren los candidatos en el proceso de interpelación de los representados. Esto supone, entonces, el relativo debilitamiento de los canales institucionales y formales de representación política junto con la creciente importancia de mecanismos más informales y directos de interpelación –imágenes, estilos, discursos-. Por ello, en las democracias actuales, las identidades políticas se vuelven más directamente tributarias y dependientes del espacio público en el cual se *escenifica y pone en forma* la representación (Palermo y Novaro: 1996; Novaro: 2000; Lefort: 1985).

Varios autores han analizado, desde esta perspectiva, los procesos que signaron la Argentina reciente: el carácter personalista y *ejecutivista* del vínculo de representación que establece Carlos Menem durante su gestión, centralizando el proceso de toma de decisiones antes distribuido en una pluralidad de ámbitos estatales (Novaro: 1994; Novaro y Palermo: 1996); la ciudadanía asumiendo el carácter de *audiencia*, en un espacio público mediatizado y en un contexto de desagregación de las pertenencias y lazos de solidaridad tradicionales (Cheresky: 1998); la transformación de los viejos partidos políticos, mediante la inclusión de candidaturas con elevada popularidad ante la opinión pública, en detrimento de su inserción en la estructura partidaria, junto con el surgimiento de nuevas formas políticas articuladas en torno a *liderazgos de popularidad*³ (Pousadela: 2004); entre otros.

Para estos autores, durante la década del '90 se produce una serie de mutaciones que subvierten las modalidades de representación y los procesos de constitución de identidades políticas que caracterizan las décadas pasadas. Si bien los vínculos y estilos de representación propios de la historia de nuestro país remiten a un marcado presidencialismo y personalismo en la constitución de las identidades políticas (Aboy Carlés: 2001), es durante la gestión de Carlos Menem que dichos rasgos se profundizan, en un contexto de debilitamiento de las identidades partidarias tradicionales y desactivación de los antagonismos en los cuales éstas se fundaban. La *identidad por escenificación* menemista se transforma, de esta forma, en un nuevo capítulo a la hora de entender las identidades políticas en la historia argentina (Novaro: 1994; Palermo y Novaro: 1996).

Ahora bien, si, de todos modos, los argumentos esbozados por Manin permiten aprehender bajo la categoría de *metamorfosis de la representación* los procesos políticos que signaron la Argentina reciente, no es menos cierto que dichos cambios, en nuestro país, hayan convivido con ciertas situaciones que pueden ser catalogadas como de *crisis de representación* (Pousadela: 2004). En este sentido, tanto la aparición del llamado *voto bronca* en el ciclo

electoral de 2001 así como, más enfáticamente, las novedosas formas de expresión ciudadana iniciadas a fines del mismo año pusieron de manifiesto un cuestionamiento *per se* del lazo representativo: a pesar de haberse constituido de acuerdo a los procedimientos institucionales establecidos, los representantes no eran suficientemente “representativos”, existiendo, de este modo, una ausencia de reconocimiento subjetivo del vínculo representativo por parte de la ciudadanía. El “que se vayan todos” condensaba, así, la pretensión de prescindencia completa de los representantes por parte de aquellos que habían dejado de percibirse como partícipes del vínculo representativo.

Por tanto, antes que optar por *crisis* o *metamorfosis*, quizás resulte más operativo para el análisis de la coyuntura política reciente de nuestro país, examinar la convivencia y el condicionamiento mutuo que dichos procesos presentan: por un lado, cómo las características que signan la reciente *metamorfosis de representación* –identificaciones volátiles, fugaces y pasajeras– delimitan un terreno fértil para las situaciones de *crisis*; por el otro, cómo ciertos escenarios de *crisis* condicionan los procesos de recomposición posterior del vínculo representativo.

Es a partir de estos supuestos que se articulan los argumentos del presente artículo. En las páginas siguientes, se buscará analizar una de las dimensiones que signan el proceso de recomposición del lazo representativo luego de la *crisis* de fines 2001: las apuestas y desplazamientos discursivos que tanto Eduardo Duhalde como Néstor Kirchner realizan durante sus respectivas gestiones presidenciales⁴. Porque si, en efecto, se advierten indicios de desafección y descontento ciudadano –manifestado en *estallidos callejeros*⁵ y en altos índices de abstencionismo electoral–, el lazo representativo parece recomponerse, alcanzando el presidente actual, en sondeos de opinión, una elevada popularidad, legitimada, recientemente, por los resultados de las elecciones legislativas.

Si bien creemos que es necesario indagar, asimismo, otras dimensiones para dar cuenta del proceso de recomposición del vínculo representativo –ya sean político-institucionales, económicas, sociales, etc.–, nos interesa aquí centrarnos en la dimensión simbólica de dicho proceso. En efecto, al interior del *campo político*, existe una disputa discursiva por definir –imponer, legitimar y, por qué no, *naturalizar*– cierto sentido de lo real (Bourdieu: 1996), y ella posee consecuencias altamente decisivas en la configuración de los procesos políticos. En términos generales, “todo signo ideológico no sólo aparece como un reflejo, una sombra de la realidad, sino también como parte material de esa realidad (...) tanto el signo mismo como los efectos que produce, esto es, aquellas reacciones, actos y signos nuevos que genera el signo en el entorno social, transcurren en la experiencia externa.” (Bajtín: 1982: 33). Veamos, entonces, uno de los aspectos de la lucha simbólica que atraviesa la Argentina reciente: aquella que se manifiesta en la *materialidad* de los discursos presidenciales de Eduardo Duhalde y Néstor Kirchner. Queda delineado, de este modo, nuestro objeto.

II. Enero de 2002 a mayo de 2003: Eduardo Duhalde o la antesala de una frontera.

La tarea de un Estado normal consiste (...) sobretodo en asegurar en el interior del Estado y de su territorio una paz estable, en establecer 'tranquilidad, seguridad y orden' y en procurar de ese modo la situación normal..."

Carl Schmitt. *El concepto de lo político*.

La crisis y el modelo: entre la pacificación del caos y la definición de un adversario

En una coyuntura crítica signada por sucesivos recambios presidenciales, la declaración del default, el prácticamente quiebre del sistema bancario, las incesantes movilizaciones callejeras y una treintena de muertos, aquel candidato que unos años antes, vía comicios nacionales, no había podido llegar a la Presidencia de la Nación, asumió el 1° de enero de 2002 un gobierno de transición con el apoyo de una amplia mayoría legislativa. Un análisis del discurso con el cual este enunciador político, ante dicha Asamblea, dio inicio al año y medio de su gestión nos permite identificar una serie de articulaciones y desplazamientos discursivos que se repetirían en sus posteriores intervenciones:

“Esta gestión que hoy mismo comienza su tarea se propone lograr pocos objetivos básicos: primero, reconstruir la autoridad política e institucional de la Argentina; segundo, garantizar la paz en la Argentina; tercero, sentar las bases para el cambio del modelo económico y social” (Palabras ante la Asamblea Legislativa, 01/01/02).

Ahora bien, diversos autores, ya sean clásicos o contemporáneos, han señalado la importancia de los límites o fronteras para el análisis de las identidades políticas (Schmitt: 2001; Laclau: 2004; Aboy Carlés: 2001). En este sentido, la condición de posibilidad –y de imposibilidad⁶- de toda identidad política supone un principio de clausura que excluye un exterior siempre constitutivo para la conformación del colectivo, generándose, de este modo, un doble proceso de diferenciación externa, por un lado, y de homogeneización interna, por el otro. Para ordenar nuestro análisis, entonces, empecemos sistematizando qué excluye nuestro enunciador más allá de sus límites⁷, para posteriormente indagar qué es lo que puebla el interior de los mismos.

El primer punto que identificaremos refiere a la conceptualización que Duhalde efectúa con respecto a aquella *crisis* que posibilitó su presidencia y a la posición que adopta frente a la dicha coyuntura. A lo largo de todas sus intervenciones, este enunciador se refiere a la misma dramatizando sus características: *caos, anarquía, guerra civil, tragedia, crisis más profunda de la historia* son significantes mediante los cuales se alude al pasado inmediato. La *crisis* no sólo era descrita como una crisis económica, política y social, sino que asumía características estructurales y profundas: era, sobre todo, una crisis cultural, ética e incluso moral. Esta operación de dramatización desarrollada por nuestro enunciador, supone, asimismo, la construcción de una particular *posición de enunciación*⁸: su persona encarna aquella figura con autoridad y decisión, capaz de resolver y pacificar una situación de desorden hobbesiano.

La recomposición de la institucionalidad para Duhalde sólo es plausible mediante fuerza y voluntad:

“Los mecanismos previstos por la Constitución me confirieron el alto honor de designarme para ejercer el gobierno de la Nación cuando el país parecía ir inexorablemente al caos en medio de un derrumbe ético nunca conocido. Mi objetivo de entonces era el mismo que hoy: pacificar una sociedad que había elegido la violencia como salida” (Palabras en el Acto del Aniversario de la Declaración de la Independencia, 09/07/02).

“Asumir un gobierno de convergencia en circunstancias verdaderamente críticas, con un país quebrado y al filo de la anarquía (...) Reconstruir el poder político e institucional de la nación (...) Necesitamos sin grandilocuencia pero con decisión fundar una nueva república edificando una nueva institucionalidad” (Discurso en la apertura de sesiones ordinarias del Congreso de la Nación, 01/03/02).

Para realizar este objetivo, Duhalde se presenta a sí mismo no sólo circunstancialmente despojado de insignias partidarias; se manifiesta, a su vez, desprovisto de planes políticos a futuro –es en este sentido que anuncia repetidamente su renuncia a próximas candidaturas presidenciales-, planteando, de este modo, el ejercicio de una responsabilidad que trasciende sus intereses particulares como miembro de la *clase* política. Por el contrario, es el interés nacional el que viene a encarnar. Ahora bien, esta posición de enunciación a-partidaria nos permite continuar con el análisis de dicha operación discursiva de dramatización de un pasado inmediato que urge remediar, vía reconstrucción del orden y la paz.

En efecto, es mediante el abandono de pertenencias partidarias y el desarrollo de un amplio proceso de unificación nacional que nuestro enunciador plantea la recomposición de dicha coyuntura caracterizada de manera trágica. Esta articulación discursiva supone una acepción negativa del sistema político partidario, que es identificado con las disputas e intereses particularistas que obstaculizan el espíritu nacional que amerita la coyuntura. En este sentido, los significantes *partidos políticos, banderías políticas, políticos y política* aparecen ubicados en el polo negativo del mapa semántico; por el contrario, *nación, unión nacional y solidaridad* asumen una acepción positiva en dicho desplazamiento:

“Son horas de esperanza porque estamos asistiendo a una experiencia inédita en nuestra vida política, que es la formación de un gobierno de unidad nacional construido por sobre las banderías políticas y los intereses partidarios (...) un proyecto nacional que incluya a los argentinos sin excepción (...) no es momento de cánticos ni de marchas partidarias. Es la hora del himno nacional (...) Lo que ningún pueblo tolera es el caos, la anarquía” (Palabras ante la Asamblea Legislativa, 01/01/02).

“Tenemos que empujar todos para el mismo lado que es el lado de la Patria, que es lo que nos convoca a todos, sin egoísmos, sin especulaciones y entendiéndolo que es una época de renunciamentos” (Palabras en ceremonia de ex combatientes de Malvinas 15-07-02).

Es interesante observar la continuidad que presentan estas articulaciones con respecto a una de las dimensiones señaladas por Gerardo Aboy Carlés para dar cuenta discurso peronista (2001). En efecto, uno de los elementos que dicho autor identifica refiere a la *dimensión*

nacional-estatal de dicho discurso, en la cual, frente a la dramatización de una coyuntura crítica, el Estado adquiere un rol fundamental: éste se convierte en el único actor capaz de reconstruir el orden y la paz, mediante el consolidación de una autoridad, decisión o voluntad que promueva una unificación nacional y subvierta los antagonismos espúreos, provocados por la política partidaria. Como hemos visto, en las intervenciones de nuestro enunciador político encontramos este discurso hobbesiano de resolución del caos: Duhalde, apelando a la unión nacional, es el único actor capaz de dar solución a aquella situación caótica, enmarcada por interminables –y sobre todo, no pertinentes- disputas partidarias. Incluso, más adelante analizaremos el rol del Estado que nuestro enunciador presenta, en consonancia con esta *dimensión nacional-estatal* delineada para el discurso peronista.

Sin embargo, antes de analizar qué es lo que permanece más acá de los límites constitutivos - de todo colectivo político-, continuemos analizando los elementos se excluyen más allá de los mismos:

“La Argentina está quebrada. Este modelo en su agonía arrasó con todo. La propia esencia de este modelo perverso terminó con la Convertibilidad, arrojó a la indigencia a dos millones de compatriotas, destruyó la clase media argentina, quebró nuestras industrias y pulverizó el trabajo de los argentinos” (Palabras ante la Asamblea Legislativa, 01/01/02).

“Quiero decirles que quiero dejar atrás esa Argentina financiera, especulativa, rentística, donde los únicos que ganaban eran los financistas, los banqueros” (Mensaje al país, 08/02/02).

“Modelo económico de exclusión social que ha producido estragos en casi todos los sectores de la sociedad y que se ha enseñado particularmente con la familia argentina” (Mensaje al país, 03/04/02).

De este modo, al igual que en varias intervenciones más, Duhalde establece un límite temporal con respecto a un pasado identificado con un patrón económico, financiero y rentístico, de concentración, empobrecimiento y exclusión social. Dicho pasado, muchas veces mencionado vaga y difusamente como *el modelo*⁹ –obviando, mediante esta operación discursiva, una caracterización más específica del mismo-, se plantea como la alteridad frente a la cual su gobierno se debe diferenciar. Es que, en efecto, dicho *modelo* es identificado como el responsable intrínseco de aquella coyuntura *dramáticamente* crítica. *Patria financiera; modelo económico perverso, rentístico, especulativo y usurero; modelo de concentración económica; modelo economicista*, entonces, son otros de los tantos significantes que nuestro enunciador excluye más allá de este límite temporal.

Sin embargo, Duhalde no sólo excluye un modelo, sistema o estado de cosas correspondientes a un pasado inmediato: son actores específicos, asimismo, presentes incluso en la coyuntura política actual, los que amenazan aquello que nuestro enunciador, como veremos más adelante, busca desarrollar:

“Vengo a decirles que debemos terminar décadas en la Argentina de una alianza que perjudicó al país, que es la alianza del poder político con el poder financiero y no con el productivo. El poder financiero, las finanzas, son imprescindibles para un país -imprescindibles- pero ubicadas en el lugar que corresponden. Por eso vengo a decirles que esa alianza es la que tenemos que terminar a

partir de hoy en la Argentina” (Palabras ante empresarios reunidos en la residencia de Olivos, 04/01/2002).

“Deben entender también los economistas y políticos argentinos que las políticas de ajustes estructurales que llevaron a la Argentina a este estado de miseria tienen que acabar para siempre” (Palabras en el Hospital San Bernardino de Siena, 14/02/03).

Es de este modo que Duhalde articula en su discurso una alteridad constituida por un *modelo* económico –*especulativo, financiero, rentístico, usurero*- sostenido en el pasado inmediato por una alianza entre el sector político y ciertos actores sociales específicos –*economistas, financistas, banqueros*-; *modelo* que ha sido responsable no sólo de la coyuntura crítica de 2001, sino también de consecuencias dramáticas para la población argentina: exclusión, empobrecimiento, desempleo, desindustrialización, recesión, entre otros efectos regresivos más¹⁰.

Ahora bien, varios autores han señalado cómo en la década del `90 la gestión menemista desarticuló el antagonismo social propio del discurso peronista. En este sentido, Paula Canelo (2004) analizó la desaparición del adversario social, dentro de un discurso que obvia la identificación de actores responsables por las consecuencias sociales regresivas de las políticas económicas desarrolladas durante los `90. Aboy Carlés (2001), asimismo, ha explicitado cómo la identidad menemista desarticuló la *dimensión nacional-popular* propia del imaginario peronista, privilegiando, ante una demonización de la crisis hiperinflacionaria, la *dimensión nacional-estatal* de orden¹¹.

Hemos visto anteriormente cómo las articulaciones del discurso duhaldista reconstruían la dimensión de antagonismo diluida durante la década precedente: la alteridad duhaldista reinstala el adversario social –el sector financiero-, frente a la cual nuestro enunciador opone otro –antagónico- proyecto para la Argentina actual. Veamos, ahora, de qué se trata el mismo.

El nuevo modelo: Estado y producción nacional

Frente a aquel *modelo* desarrollado en un pasado inmediato, con consecuencias sociales regresivas y efectos económicos altamente recesivos, nuestro enunciador propone un proyecto *nacional* basado en la producción, la reindustrialización, el mercado interno y el trabajo, que subvierta la exclusión, vía promoción de integración y equidad social:

“La única posibilidad que tenemos los argentinos de salir de esta depresión, de esta profunda depresión en que vivimos, es precisamente apuntando a la reindustrialización del país y al fomento de todas las actividades productivas” (Palabras en la planta Chevrolet, 04/04/02).

“Garantizar la paz social significa recuperar el crecimiento de la economía, promover la transformación productiva con equidad y propiciar un modelo sustentable fundado en la producción y el trabajo” (Palabras ante la Asamblea Legislativa, 01/01/02).

“Sentar las bases de un nuevo proyecto nacional, fundado en la producción y el trabajo (...) hay una sola garantía para la paz: la justicia social” (Discurso en la apertura del periodo ordinario de sesiones del Honorable Congreso de la Nación, 01/03/02).

Para sustentar este proyecto de integración social, según nuestro enunciador, es necesario reemplazar la alianza establecida precedentemente entre el sector político y el financiero por una alianza del gobierno con los representantes de la producción, en defensa de un interés que resulta estrictamente nacional. Es mediante esta operación discursiva que los intereses generales de la Nación y la Patria son identificados con el sector –ciertamente particular- del trabajo y la producción: en efecto, para nuestro enunciador, ser patriota es defender el trabajo, la industria y la producción:

“Proyecto de nación claro que no puede ser otro que el trabajo, la producción (...) toda decisión que se tome, destinada a lo mismo: a la defensa irrestricta de los intereses argentinos, de los intereses nacionales (Palabras en el acto de inauguración de la zona franca Puerto Iguazú, 15/03/02).

“Nadie debe estar excluido porque se trata de la construcción de un nuevo proyecto nacional de desarrollo y justicia social basado en la producción y el trabajo” (Palabras en el acto de conmemoración de la Declaración de la Independencia, 09/07/02).

Esta operación discursiva que realiza nuestro enunciador, mediante la cual el interés nacional es identificado con un proyecto social inclusivo, de distribución del ingreso a través del desarrollo del trabajo, la producción y el consumo interno, puede relacionarse, asimismo, con la segunda dimensión que Aboy Carlés (2001) explicita para el análisis del discurso peronista: *la dimensión nacional-popular*. Por ésta, el autor hace referencia al proyecto de reforma social propio de la identidad peronista, en la cual la Nación y la Patria son asociadas a la justicia social, delimitando así una serie de adversarios sociales contrapuestos a dicho proyecto, y un principio antagónico al interior del campo político. Hemos visto cómo estos significantes aparecen de manera explícita en el discurso duhaldista.

Ahora bien, el rol de Estado que este proyecto supone se contraponen radicalmente a años de desprestigio de dicho actor en la escena política local. En efecto, durante la década del '90, el imaginario político que sostuvo la implementación de una serie de políticas dictadas por el Consenso de Washington consistió en una serie de articulaciones que adoptaban una acepción peyorativa del espacio estatal (Beltrán: 1999; Armony: 2005). Dichas articulaciones identificaban como causa última de la crisis inflacionaria el crónico déficit fiscal, producto, a su vez, de un elevado gasto público. La solución consistía, casi *naturalmente*, para dicho imaginario, en la reducción del aparato estatal, vía, por ejemplo, de la privatización de dicho espacio. *Modernización y eficiencia* se oponían semánticamente a la *ineficacia estatal*.

Por el contrario, nuestro enunciador asume una concepción positiva del Estado, convirtiéndolo en un actor central a la hora de implementar el desarrollo de su proyecto nacional: el Estado no sólo, como hemos visto, debe pacificar aquella situación de desorden hobbesiano que signaba ese pasado inmediato –vía decisión y voluntad-; debe, asimismo, promover el empleo, la industria, la producción, y asumir, en definitiva, la recomposición social:

“Debemos ser capaces de elaborar una identidad productiva propia y redefinir la relación entre el mercado, el Estado y la sociedad civil, a partir de las instituciones, la productividad y los valores culturales” (Discurso en la apertura del periodo ordinario de sesiones del Honorable Congreso de la Nación, 01/03/02).

“El Estado tiene que proteger a los sectores débiles en todo lo que pueda y debe tomar medidas muchas veces contra sectores muy cercanos al poder económico” (Palabras en la Universidad Nacional Tres de Febrero, 19/03/02).

“Ahora que el derrumbe ha terminado y tenemos que comenzar a reconstruir, estoy convencido de que en Argentina tenemos que iniciar esa etapa de reconstrucción, donde la obra pública es naturalmente uno de los aspectos que el Estado Nacional tiene que proyectar con fuerza” (Palabras en la firma del Convenio del Plan Nacional de Obras Municipales, 09/10/02).

Sin embargo, cabe aclarar, dicha ruptura con respecto a la acepción peyorativa que había adquirido el Estado en la década precedente tropieza con las limitaciones propias de un contexto de transición: frente a esta operación de asignación de un rol central al Estado, subsisten fragmentos que hacen referencia a la necesidad de recortar sus dimensiones, en consonancia con los diagnósticos propios del imaginario político precedente:

“Una profunda reforma del Estado, demorada, espera la gente que con mucha rapidez la pongamos en marcha” (Palabras en la planta de Chevrolet, 04/04/02).

Veremos, posteriormente, cómo el discurso de su sucesor puede escapar a dichas restricciones del contexto de enunciación, profundizando este papel decisivo asignado al espacio estatal dentro de la construcción de un nuevo proyecto.

Por tanto, para terminar este apartado, aquello que Duhalde asigna al interior de sus límites adquiere la forma de un proyecto fuertemente nacional, de promoción de la industria, la producción, el empleo y el mercado interno, en el cual el Estado se identifica como actor capaz de subvertir las consecuencias sociales regresivas producidas por aquel *modelo* excluido más allá de dichas fronteras. De este modo, la fórmula –vacía- de unificación nacional ante la dramatización de la coyuntura previa adquiere un contenido particular, delineando en dicha operación, un específico –y constitutivo- adversario dentro del campo político. Veamos, ahora, algunas tensiones existentes en estos desplazamientos de nuestro enunciador político.

Exclusión e inclusión del adversario. La política y lo político

En los apartados precedentes hemos identificado la alteridad excluida más allá de los límites duhaldistas, en contraposición a la cual nuestro enunciador propone un proyecto nacional que, a partir de un fuerte rol estatal, pacifique el caos y desarticule el patrón estructural que lo había generado.

Ahora bien, como hemos visto, esto supone un ejercicio dual: por un lado, pacificar la coyuntura crítica, vía unificación nacional, y por otro, desarrollar un proyecto de inclusión, vía producción, empleo, y mercado interno. El primero de estos desplazamientos consiste en contraponer, frente a una situación caracterizada de manera dramática, un elemento conciliador, de unificación nacional, que subvierta el enfrentamiento entre actores sociales. De este modo, *políticos, partidos políticos*, son identificados peyorativamente con intereses particularistas y conflictos espúreos, obstaculizando el establecimiento del orden al interior del Estado. *Nación*, en este caso, se asocia al interés de la totalidad social. El segundo de estos desplazamientos, por el contrario, consiste en establecer un proyecto identificado con intereses específicos -la producción y el trabajo-, basado en determinada alianza entre actores, que delimita, a su vez, un fuerte adversario social –como hemos visto, el sector financiero-. *Nación* se asocia, en este caso, a determinado interés particular.

Aparece, entonces, aquí la primera tensión que queremos señalar: si la unificación nacional supone diluir el antagonismo social, por el contrario, el establecimiento de un *modelo* particular implica la reinstalación del mismo. Discurso signado por un intento de cierre del campo de conflictividades, por un lado; discurso que activa determinado antagonismo al definir un proyecto nacional con un contenido específico, por el otro. Este adversario social es, de esta forma, incluido y excluido de los límites del colectivo que Duhalde intenta demarcar¹².

La segunda tensión que analizaremos refiere a la concepción de la política presente en los discursos de nuestro enunciador. Si, por un lado, la misma adquiere, como hemos señalado, una acepción peyorativa, en tanto representa intereses particulares, y, en este sentido, enfrentamientos y conflictividades espurias que obstaculizan el interés nacional de orden y paz¹³; por otro lado, en numerosas intervenciones, es reivindicada como única actividad capaz de reformar la sociedad e implantar un nuevo proyecto nacional:

“Entre todos debemos rescatar la política como herramienta de transformación social” (Palabras en la cena de camaradería de las Fuerzas Armadas, 02/07/02).

“Nuestra capacidad creativa para alcanzar acuerdo cuando la voluntad política es rectora de nuestros actos” (Intervención en la Cumbre de países del MERCOSUR, 05/07/02).

Por tanto, si bien el discurso duhaldista efectúa, por un lado, un desplazamiento mediante el cual la política –o mejor aún, el intercambio propio de la política partidaria- aparece en un campo semánticamente negativo; por el otro, la política es reivindicada en tanto única actividad capaz de instituir el sentimiento y la identidad necesarias, en última instancia, para dar resolución a la crisis nacional. En palabras de un pensador francés contemporáneo, podríamos afirmar: *la política*, es negativamente concebida, en tanto esfera político partidaria, mientras que se reivindica *lo político*, por lo menos discursivamente, en tanto dimensión instituyente y creadora de lo social (Lefort: 1985).

Por último, identificaremos una tensión referida a la posición de nuestro enunciador y a ese *modelo* con el cual él intenta polemizar. En efecto, Eduardo Duhalde, si bien había comenzado hacia fines de la década del '90 a efectuar declaraciones contrarias al régimen de

Convertibilidad, había conformado parte, durante varios años, de aquella *clase* política gobernante, responsable, en definitiva, por el *modelo* con el cual ahora intentaba polemizar:

“Los que hemos gobernado este país en las últimas décadas somos absolutamente responsables de la situación en la que nos encontramos” (Palabras en la Casa de Gobierno, 02/01/02).

“Una política económica que en mi criterio tuvo hasta mediados de la década pasada la virtud de sacar al país de una situación muy difícil existente a fines de la década del ’80” (Palabras en la Residencia Presidencial de Olivos, 17/03/03).

De este modo, si, por un lado, nuestro enunciador delimita una alteridad constituida por un *modelo* especulativo con consecuencias sociales altamente regresivas, *modelo* sostenido por una alianza particular entre *clase* política y sector financiero; por otro lado, no se puede obviar, él mismo ha formado parte de dicho *modelo*, connotando su propia figura aquel pasado del cual ahora se intenta diferenciar. Se desdibuja, así, por momentos, el límite que Duhalde aspira demarcar.

Ahora bien, veamos, a continuación, cuál es la relación que nuestro próximo enunciador establece con el pasado, y cómo resignifica el mismo a la hora de construir su propuesta. En otras palabras, veamos, en las páginas siguientes, cómo el discurso kirchnerista transforma los constitutivos límites en abruptas fronteras.

II. Mayo de 2003 a mayo de 2004: Néstor Kirchner o la delimitación –refundacional- de una abrupta frontera temporal

*“Mi guía y yo por esa oculta senda
fuimos para volver al claro mundo;
y sin preocupación de descansar,
subimos, él primero y yo después,
hasta que nos dejó mirar el cielo
un agujero, por el cual salimos
a contemplar de nuevo las estrellas.*

Dante Alighieri. *Divina comedia*. Infierno. Canto XXXIV.

Más allá de la frontera: demonización del pasado

Hasta aquí hemos analizado los desplazamientos presentes en el discurso de aquel presidente provisional que, presionado por ciertos acontecimientos de la escena local, habría de convocar a elecciones nacionales antes del plazo previsto en un inicio por la Asamblea Legislativa. En efecto, los sucesos de Puente Pueyrredón¹⁴, y más aún, el conjunto de consecuencias políticas

que se generaron a partir de los mismos, coadyuvaron a la definición de una fecha concreta en la cual la ciudadanía elegiría un sucesor. Néstor Kirchner asumió, de este modo, una gestión que si bien estaría signada por una débil legitimidad de origen -había sido ganador con un bajo porcentaje electoral del 22,24%- pronto lograría ser invertida a través de altos índices de popularidad.

Identifiquemos, entonces, a continuación los desplazamientos presentes en el discurso de nuestro nuevo enunciador quien, como veremos, profundizará algunos aspectos delineados por su antecesor. Los límites dibujados por Duhalde se transformarán aquí en sólidas fronteras.

Comencemos por observar qué es aquello que se excluye más allá de las mismas:

“En la década de los `90, la exigencia sumó la necesidad de la obtención de avances en materia económica, en particular, en materia de control de la inflación. La medida del éxito de esa política, la daba las ganancias de los grupos más concentrados de la economía, la ausencia de corridas bursátiles y la magnitud de inversiones especulativas sin que importara la consolidación de la pobreza y la condena a millones de argentinos a la exclusión social, la fragmentación nacional y el enorme e interminable endeudamiento externo” (Discurso ante la Honorable Asamblea Legislativa, 20/05/03).

“Queremos hacer una Argentina diferente (...) que podamos arrancar y terminar definitivamente con la corrupción que arrasó a la Argentina y se quedó con la riqueza y el trabajo de nuestro país” (Palabras en Caleta Olivia, Provincia de Santa Cruz).

“Me cansé de escuchar durante la década del `90 las políticas estratégicas que nos marcaban los grandes pensadores del neoliberalismo argentino; derivamos en un quiebre total de la Argentina; derivamos en el más fuerte proceso devaluatorio que haya tenido la Nación en las últimas décadas; derivamos en una descapitalización muy grande, con todas las consecuencias que ustedes conocen perfectamente; sin embargo, durante muchísimo tiempo nos hablaron de ese proyecto estratégico” (Palabras en el acto de firma del Acuerdo Federal para el lanzamiento del gasoducto del Noreste argentino, 24/11/03).

Aquí se pone de manifiesto el primer punto que señalaremos: la delimitación de una fuerte frontera con respecto a un pasado inmediato, la década del `90, signado por la implementación de un conjunto de políticas económicas de cuño *neoliberal* -y, en este sentido, antinacionales, especulativas y cortoplacistas- que generaron una serie de consecuencias inaceptables para la sociedad, la economía, el Estado y la política -desindustrialización, debilitamiento estatal, fragmentación social, entre otras-.

De manera similar que en los discursos de su antecesor, el *neoliberalismo* de la década precedente, junto con los efectos intrínsecos de concentración económica y exclusión social, de este modo, se constituye como el pasado frente al cual la gestión kirchnerista busca constantemente polemizar. *Corrupción, especulación, endeudamiento, desindustrialización, exclusión y concentración* aparecen recurrentemente como significantes que aluden a las características constitutivas de la matriz menemista.

Sin embargo, una lectura atenta de los discursos pone de manifiesto que tras las fronteras que Kirchner intenta delimitar no sólo se establece una ruptura con dicho pasado inmediato; las

raíces del paradigma de política consolidado durante la década del '90 pueden rastrearse en el modelo implantado a mediados de los '70:

“Dejar atrás esa vieja Argentina que hasta hace muy poco tiempo martirizó a todos los argentinos en el marco de la conducción y el proyecto político que tuvo este país lamentablemente de manera fundamental en la última década del '90, pero que se inició en marzo de 1976 hasta la explosión de 2001” (Palabras en la localidad de Jáuregui, 21/08/03).

“Con distintos nombres, estatización de la deuda, Plan Brady, blindaje, megacanje, se transitó un camino que sostenían era la única vía. Después sí vimos que era un camino de única vía, única vía a la pobreza, a la destrucción del patrimonio nacional, a la paralización de la industria nacional; única vía hacia el default, única vía hacia la exclusión, única vía hacia el oprobio y la vergüenza nacional (...)Vivimos el final de un ciclo, estamos poniendo fin a un ciclo que iniciado en 1976 hizo explosión arrastrándonos al subsuelo en el 2001” (Palabras en la Bolsa de Comercio de Buenos Aires, 02/09/03).

De este modo, se establece una ruptura radical en relación al modelo socioeconómico implementado en el '76, marcando, a través de este desplazamiento, una continuidad entre el último gobierno dictatorial y las gestiones que lo sucedieron. En este sentido, las fronteras marcadas por la gestión alfonsinista (Aboy Carlés: 2001) se desdibujan en el terreno delineado por Kirchner.

En efecto, según Aboy Carlés, la operación alfonsinista habría consistido en establecer una doble ruptura: en primer lugar, con respecto a un pasado inmediato, signado por la dictadura militar iniciada en el '76, a la cual se contraponía el carácter democrático de la gestión alfonsinista; en segundo lugar, una ruptura de más largo plazo, con respecto a una matriz particular de política iniciada con el yrigiyenismo, consistente en la pretensión –imposible- de clausura de cualquier espacio de diferencias políticas al interior de la comunidad. Mediante la explícita defensa del pluralismo político, el gobierno democrático del '83 rompía con dicho *hegemonismo*.

Ahora bien, como hemos visto, nuestro enunciador plantea una continuidad entre la dictadura y los regímenes democráticos que le sucedieron: las violaciones de los derechos humanos durante el gobierno militar no se distancian de las políticas económicas regresivas implementadas por las administraciones subsiguientes. *Genocidas* del gobierno militar, y *corruptos* de las gestiones democráticas, de esta forma, se equivalen en el trasfondo de una Argentina económicamente regresiva y signada por la *impunidad*. En efecto:

“Cambio profundo significará dejar atrás la Argentina que cobijó en impunidad a genocidas, ladrones y corruptos mientras condenaba a la miseria y a la marginalidad a millones de nuestros compatriotas” (Mensaje a la Honorable Asamblea Legislativa, 01/03/04).

En este sentido, asimismo, Kirchner se posiciona, recurrentemente, en defensa de los derechos humanos, con una política de disciplinamiento de las Fuerzas Armadas, como si las gestiones precedentes no se hubiesen pronunciado al respecto y, de esta forma, conformasen una línea de continuidad con respecto al gobierno dictatorial. Continuidad frente a la cual el presidente delimita una abrupta ruptura temporal:

“Las cosas hay que llamarlas por su nombre y acá si ustedes me permiten, ya no como compañero y hermano de tantos compañeros y hermanos que compartimos aquel tiempo, sino como Presidente de la Nación Argentina vengo a pedir perdón de parte del estado nacional por la vergüenza de haber callado durante 20 años de democracia por tantas atrocidades” (Palabras en le acto de firma del Convenio de la creación del Museo de la Memoria y para la Promoción y Defensa de los Derechos Humanos).

Existen innumerables ejemplos más que permiten observar los desplazamientos que realiza Kirchner para desdibujar y parasitar la frontera alfonsinista, posicionándose, de este modo, como punto de inflexión radical luego de décadas de *impunidad*. No sólo, como hemos citado, la defensa explícita de los derechos humanos, asimismo, las recurrentes alusiones a *la pluralidad, la diversidad y las verdades relativas* le permiten a Kirchner contraponerse a décadas de pensamiento único: pensamiento único durante la política represiva del gobierno dictatorial¹⁵, y pensamiento único durante los '90, acerca de la inevitabilidad de Convertibilidad¹⁶:

“La Argentina de la uniformidad ya vimos que no sirvió, la Argentina de las verdades absolutas también es una Argentina de fracasos. Sea de un lado, sea del otro, quién lo diga, esté en el gobierno o no, todo aquel que cree tener verdades absolutas seguramente corre el riesgo de equivocarse fuertemente y nosotros optamos por esto: pluralidad, consenso, verdad relativa que nos permita encontrar verdades superadoras” (Palabras en el acto del Ferrocarril Belgrano Carga S. A., 13/11/03).

Es de este modo que las fronteras alfonsinistas delimitadas, por un lado, con respecto al pasado inmediato dictatorial, y por el otro, con respecto décadas y décadas de *hegemonismo populista* (Aboy Carlés: 2001) son parasitadas en el discurso kirchnerista, obviando, en definitiva, que tanto la condena a la violación de los derechos humanos como, asimismo, la defensa de la pluralidad conforman parte del imaginario político-cultural de la sociedad argentina.

Por tanto, este *modelo* que, iniciado en el '76 y quebrado en el 2001, no sólo suponía el desarrollo de un patrón socioeconómico determinado sino también una forma particular de gestionar el Estado y la política –consolidando, en este sentido, una específica matriz cultural¹⁷–, y en el cual se desarrolló hasta niveles insostenibles un proceso de perversión de todas las esferas de la sociedad con consecuencias altamente regresivas para la población argentina, es el pasado frente al cual Kirchner delimita su frontera. Pasado de frustración que es demonizado recurrentemente hasta llegar incluso a ser *infernal*:

“Tenemos que consolidar seriamente esta Argentina que quiere renacer del infierno, estamos subiendo la escalera duramente” (Palabras en el anuncio de entrega de fondos para la construcción de viviendas, 21/01/04).

“Creo que estamos haciendo un gran esfuerzo los argentinos por tratar de reconstruir esta Argentina que viene de las ruinas mismas, estamos en el infierno mismo tratando de escalar la salida hacia un futuro distinto” (Palabras en la ciudad de Quilmes, provincia de Buenos Aires, 04/03/04).

Sin embargo, dicho *infierno* no sólo pertenece a un tiempo pasado y superado; por el contrario, persiste como amenaza latente en la actualidad:

“Allí se levanta queriendo regresar la vieja Argentina que queremos superar, que debemos dejar atrás. La Argentina de la violación de derechos humanos, la de la justicia en la medida del poderoso, la de la destrucción de las fuentes productivas y el cierre de las fábricas, de la corrupción estructural, la del empobrecimiento constante de nuestros sectores medios, la de la exclusión social, la de la concentración económica y el endeudamiento eterno. Todavía está allí y tiene sus defensores” (Palabras ante la Cámara Argentina de Construcción, 18/11/03).

“Hay algunos que quieren volver al país que generó los hechos de diciembre de 2001” (Palabras en el Acto de Lanzamiento del Programa Pro-huerta, 29/03/04).

De esta forma, aquel pasado demonizado y colocado más allá de la frontera asume el carácter de alteridad encarnada en determinados actores presentes actualmente en el escenario político: *neoliberales, financieros, economistas, tecnócratas, corruptos*¹⁸ se convierten en adversarios con los cuales Kirchner debe disputar su propio modelo de país. Como hemos visto también en el discurso duhaldista, se reinstala, de este modo, el adversario social que había permanecido ausente durante la gestión menemista.

Ahora bien, ya sea que más allá de las fronteras se excluya al pasado reciente, o bien, a ciertos actores que constituyen su encarnación en el escenario político actual, esta operación de demonización de la alteridad permite a la gestión kirchnerista posicionarse como punto de inflexión radical, contraponiendo a dicho *infierno* un futuro promisorio capaz de reescribir décadas de sufrimiento en el país. Es de este modo que se produce un nuevo giro *fundacional* dentro de la historia argentina (Aboy Carlés: 2005)¹⁹. Refundación de la Argentina, refundación de la historia. Veamos, entonces, de qué trata esta promesa.

Más acá de la frontera: promesa de un futuro venturoso

Para examinar qué existe más acá de las fronteras, comencemos por observar la semantización retroactiva que Kirchner realiza con respecto a la crisis de 2001. Si, en efecto, una cantidad de significaciones circularon en aquella coyuntura disruptiva –la demanda de amplios sectores de la sociedad contra las políticas económicas de la década precedente, así como, al mismo tiempo, la reacción de otros frentes por el agotamiento de un paradigma de política con el cual habían tenido bienestar económico y social; la crítica radical a la *clase* política y a la política *in toto* como así también la impugnación a una determinada dirigencia -, Kirchner realiza una operación mediante la cual ancla un sentido particular:

“En ese contexto económico y social se construyó el estallido cívico de diciembre de 2001. No se trató sólo de la queja de aquellos que expresaron su enojo por la falta de respuestas de la dirigencia a los problemas que en concreto se vivían, se trató también de un reclamo ciudadano que le demandó a la democracia un proyecto de país que contenga a todos los argentinos, un modelo político y económico que regenere la calidad institucional de la República, que termine con el abuso, la concentración y la pobreza, que ponga en marcha la producción y recupere el

trabajo como única fuerza de desarrollo digno en la sociedad moderna” (Palabras en el 149º aniversario de la Bolsa de Comercio de Buenos Aires).

“Intentamos clausurar un ciclo histórico que culminó en la más colosal crisis moral, cultural, política, social y económica, que nos arrastró hasta el fondo de un profundo abismo” (Discurso en el cierre de la Cumbre Extraordinaria de las Américas, 13/01/04).

Lo que para nuestro enunciador se demandaba, entonces, en dicha crisis –crisis que es descripta con radicalidad dado que no sólo es considerada como una eclosión económica, política y social, sino también cultural y moral- era la *nueva Argentina* que él mismo proponía implantar: una Argentina basada en un proyecto fuertemente nacional, de redistribución del ingreso a través del desarrollo de la producción y el consumo interno, con un Estado promotor y presencial; una Argentina en la cual se promueva la inclusión, el bienestar, la dignidad, la justicia y el respeto por los derechos humanos; una nueva Argentina, en definitiva, colocada en las antípodas de aquel *modelo* que Kirchner dice dejar atrás.

Sin embargo, no se puede obviar que en la *crisis* de 2001 no sólo existían demandas contra las políticas económicas implantadas durante los ´90: amplios sectores sociales, por el contrario, reclamaban ante el resquebrajamiento de dicho *modelo*, al cual habían recurrentemente votado y defendido, y lejos estaban -como los desplazamientos de Kirchner argumentan- de haber experimentado *innumerables sufrimientos*. Es así como, mediante esta operación de anclaje y semantización de aquellos acontecimientos polisémicos, se construye retroactivamente –y, descendientemente, podríamos decir- la demanda ciudadana que él, con su propuesta, apunta subsanar. En otras palabras, se activa y fabrica la voluntad (Schumpeter: 1952)²⁰. Ahora bien, veamos esta propuesta *sanadora* más detalladamente.

A lo largo de los discursos, se enfatiza el carácter disruptivo del proyecto que se busca consolidar. *Nueva, diferente, distinta*²¹ son significantes que permiten reforzar la ruptura radical entre un pasado de frustración y un futuro promisorio, entre una *vieja* Argentina signada por un modelo económicamente regresivo, antinacional, de concentración y exclusión social, en la cual se encuentran pervertidas tanto la cultura como la moral, y una *nueva* Argentina, de crecimiento, inclusión y equidad, en la cual se busca defender el interés nacional.

Para ello, se plantea una concepción del Estado que profundiza los lineamientos establecidos por el discurso duhaldista: el mismo debe asumir un rol fuertemente activo, como promotor de determinadas políticas –defensa de derechos humanos, distribución del ingreso, incentivo a la producción, resguardo de la salud y la educación-, y, en este sentido, de bienestar, justicia, inclusión, dignidad y equidad, convirtiéndose, de este modo, en el espacio comunitario de recomposición de las heridas y sufrimientos a los cuales la población se vio sometida en las décadas precedentes. Espacio que es considerado íntegramente nacional, en oposición a las aristas transnacionales que signaron las políticas regresivas implementadas desde el ´76:

“En este nuevo milenio, superando el pasado, el éxito de las políticas debe medirse bajo otros parámetros en orden a nuevos paradigmas (...) finalidad de concretar el bien común, sumando al funcionamiento pleno del estado de derecho y la vigencia de una efectiva democracia, la correcta gestión de gobierno (...) imponiendo la capacidad reguladora del Estado (...) Es el Estado el que debe actuar como el gran reparador de las desigualdades sociales en un trabajo permanente de inclusión y creando oportunidades a partir del fortalecimiento de la posibilidad

de acceso a la educación, la salud, la vivienda, promoviendo el progreso social basado en el esfuerzo y el trabajo de cada uno (...) Vengo a proponerles un sueño: reconstruir nuestra propia identidad como pueblo y como Nación” (Palabras ante la Honorable Asamblea Legislativa, 25/05/03).

De este modo, bajo la protección de un Estado que implemente un proyecto de país contrapuesto a aquel *modelo* identificado como el responsable de los múltiples sufrimientos y heridas, se promueve el desarrollo de una comunidad y una identidad nacionales, que no sólo devuelva el conjunto de derechos perdidos –en este caso, civiles y sociales, siguiendo la conocida clasificación de Marshall (1996)- sino que también extienda una membresía y un sentido de pertenencia a todos los ciudadanos argentinos. Es, para Kirchner, la *nueva* Argentina la que debe contener a todos bajo las alas de la comunidad nacional.

Para ello, son necesarias no sólo un conjunto de transformaciones de índole económica, política y estatal²²; la sociedad en su conjunto debe asistir a una profunda reforma cultural e, incluso, moral, que subvierta décadas de valores y prácticas consideradas egoístas, hipócritas y corruptas:

“Sé que estamos luchando por salir del subsuelo de la patria donde nos han llevado, pero vamos a salir día a día con el trabajo cotidiano, recuperando los valores perdidos, recuperando definitivamente que el mejor dirigente, el mejor argentino no sea el más vivo, el más pícaro o el que más plata hace rápido, sino el que más estudia, el que más investiga, el que más trabaja, el más honesto” (Palabras en la localidad de Río Cuarto, Córdoba, 16/09/03).

“Estamos convencidos de que debemos despertar las energías que la República Argentina atesora en el interior de su propia sociedad (...) colaborar en esta reconstrucción, que no sólo es económica sino también cultural y moral (...) Sólo si los políticos, los empresarios, los periodistas, los economistas, los ciudadanos en general damos el paso de empezar a producir los profundos cambios culturales que nos permiten creer en un proyecto de raíz y contenido nacional, que nos permita proyectarnos en el mundo, dejaremos atrás un pasado de frustración” (Palabras en la Bolsa de Comercio de Buenos Aires, 02/09/03).

Ahora bien, es aquí que algunas articulaciones comienzan a desdibujarse: aquello que por momentos aparece como un campo de disputa entre dos *modelos* diferentes y antagónicos de país –ejemplificado, incluso, en disputas acerca del significado de ciertos significantes²³-, puede regenerarse a través de la conversión del conjunto de la sociedad a partir de una reforma cultural y moral integral. Mediante esta operación, entonces, el adversario –y junto con él, el antagonismo en sí mismo- se diluye, planteándose la posibilidad de regeneración de conductas y prácticas de frustración en un colectivo solidario y nacional. En este sentido, asimismo, pueden leerse las múltiples referencias de Kirchner a la tan deseada síntesis superadora:

“Construir un país en serio; construir un país donde entendamos que todos los sectores de la sociedad tenemos verdades relativas, donde tengamos la humildad de comprender que en la verdad relativa de cada uno se halla esa verdad superadora que nos permita encontrar síntesis a los argentinos y que nos permita crecer en solidaridad” (Palabras ante la Bolsa de Comercio, 10/07/03).

Por tanto, como hemos visto a su vez en el discurso duhaldista, aquellos actores excluidos más allá de la frontera kirchnerista, por momentos, son incluidos más acá de la misma, en la *nueva* Argentina. En efecto, de este modo, tanto Duhalde como Kirchner establecen el juego de exclusión e inclusión propio de toda identidad política: en efecto, “toda identidad política supone un principio de escisión, el establecimiento de un espacio solidario propio detrás del cual se vislumbra la clausura impuesta por una alteridad. Pero a su vez, toda identidad política busca la ampliación de su propio espacio solidario (...) pretensión de desplazar ese límite, de captar el espacio que se vislumbra tras la original clausura” (Aboy Carlés: 2004). Hemos visto en nuestros enunciadores esta sinuosa operación.

Mediante estas articulaciones, entonces, Kirchner marca un punto de inflexión con respecto a ese pasado *infernal*, caracterizado por la implementación de un *modelo* económico, político y social, con consecuencias altamente regresivas y perversas no sólo para ciertos sectores excluidos de la sociedad; es, por el contrario, el conjunto mismo el que encuentra degradadas su cultura, sus valores y su moral. Para nuestro enunciador, esta *vieja* Argentina es la que urge regenerar a través de un proyecto integral que, previa reforma económica, política, cultural y moral, permita la constitución de un espacio sanador -de aquel *infierno*- y contenedor -de la diversidad y de la pluralidad-, propulsor, en definitiva, de un sentimiento de pertenencia nacional. *Nuevo* y *fundacional* sentimiento de pertenencia a una comunidad.

Tradicición: rupturas y continuidades en el discurso kirchnerista

Eliseo Verón y Silvia Sigal (2004) han identificado el *modelo de la llegada* en sus conocidos análisis sobre el discurso peronista. Dicho concepto alude a la operación discursiva desplegada por J. D. Perón, consistente en plantear la incursión en determinada coyuntura en términos de una *llegada* desde un *exterior* –físico o abstracto-. En efecto, Perón, a lo largo de sus discursos, se presentaba a sí mismo llegando desde el cuartel, y en ese sentido, ajeno a la profunda degradación de la sociedad civil y la vida político-partidaria. Lograba, de este modo, legitimar su –salvadora y mesiánica- incursión, identificada, entonces, como la única verdad.

Ahora bien, ¿cómo construye Kirchner aquella propuesta refundacional? ¿Desde qué posición la enuncia? Nuestro enunciador asume, asimismo, un espacio de *exterioridad*: *exterioridad* respecto del aparato político justicialista, *exterioridad* respecto de la *clase* política vapuleada en las jornadas de 2001, *exterioridad* respecto de las disputas que signan la política tradicional, *exterioridad*, en definitiva, respecto de las connotaciones peyorativas que todo ello supone:

“Queridos amigos, los abrazo fuertemente, soy un compañero de ustedes, alguien a quien circunstancialmente le toca ser presidente de la Nación, pero soy un hombre común con responsabilidades importantes” (Palabras en la Provincia de Buenos Aires, 27/08/03).

“Con humildad, somos hombres comunes con responsabilidades importantes” (Palabras en la ciudad de Rufino, Santa Fe, 20/11/03).

“De corazón, muchísimas gracias, estoy a vuestras órdenes. Los quiero mucho, pongamos todo nuestro esfuerzo, con toda la fuerza sureña, o como algunos quiere decir de mí, "ahí viene el pingüino"; que lo

digán, viene el pingüino, un argentino que quiere una patria distinta, muchas gracias” (Palabras en la Villa 21, 20/08/03).

“A mí no me interesa que me digan que vengo del sur lejano, que soy un pingüino. No importa, soy un pingüino abrazado con todos ustedes. (Aplausos). Con todos, con la fortaleza de hacer un país distinto” (Discurso durante la firma de convenios de Cerrito, 02/09/03).

Mediante esta operación, presente en numerosos ejemplos más, Kirchner se convierte en un *outsider*²⁴ (Torre: 2004), en un recién llegado, ajeno al escenario de disputa nacional y, de este modo, en un ciudadano capaz de recomponer la *crisis* de representación y realizar un giro fundacional. Es en este sentido que se retoma un aspecto de la tradición peronista: como hemos visto, el dispositivo de enunciación propio de dicha matriz. Kirchner llega, entonces, desde una provincia lejana, al margen de las disputas de la *clase* política y de la *crisis*, asumiendo la posición de un actor capaz –y legítimo- para llevar a cabo una profunda reforma económica, política y moral.

Ahora bien, Aboy Carlés (2005) ha señalado, asimismo, las características constitutivas de la tradición populista: una particular gestión que agudiza la tensión existente en toda identidad política -como hemos visto, entre la definición de un límite y la pretensión de su superación-, consistente en un inestable borramiento y reinscripción entre el *fundacionalismo* y el *hegemonismo*. *Fundacionalismo*, en tanto se establecen abruptas fronteras políticas en el tiempo, contraponiendo un pasado demonizado a un futuro venturoso, que aparece como contracara vis à vis de ese pasado. *Hegemonismo*, en tanto se pretende la clausura –siempre imposible- de cualquier espacio de diferencias políticas al interior de la comunidad.

Nuestro enunciador presentaría, desde esta perspectiva, una suerte de *populismo atemperado* (Aboy Carlés: 2005). Es que, en efecto, la gestión kirchnerista presenta algunas características de esta matriz, pero *atemperada* por la irrupción de otros elementos propios del contexto actual. Veamos esto más detenidamente.

Por un lado, el fundacionalismo propio del populismo persiste en el discurso kirchnerista. Hemos analizado precedentemente cómo Kirchner realiza una operación mediante la cual demoniza el pasado desde '76 al 2001, al cual contraponen un futuro promisorio, que, a partir de un proyecto nacional e inclusivo, transformará la *vieja* y vapuleada Argentina en un *nuevo* país, signado por la equidad y el bienestar.

Asimismo, el juego agudizado de exclusiones e inclusiones de la matriz populista pervive en la estrategia de nuestro enunciador: el antagonismo marcado por la encarnación de ese pasado en determinados actores presentes en el escenario político actual se diluye, por momentos, mediante una reforma moral del conjunto social en su totalidad; la alteridad constitutiva desaparece así al interior de la comunidad *nacional*.

Por otro lado, sin embargo, es innegable de dichos elementos de la matriz populista conviven con desplazamientos ajenos a la misma como, por ejemplo, las constantes alusiones a la defensa de los derechos humanos y al pluralismo, propios del pensamiento liberal:

“Recuperar el respeto por los derechos humanos y la dignidad del hombre” (Palabras en la cena de homenaje a los reyes de España, 13/11/03).

“Hoy la defensa de los derechos humanos ocupa un lugar central en la nueva agenda de la República Argentina (...) el respeto a la persona y su dignidad deviene de principios previos a la formulación del derecho positivo y reconoce sus orígenes desde el comienzo de la historia de la humanidad” (Palabras en la Cumbre de Jefes de Estado del MERCOSUR, 16/12/03).

“Sin abandonar las distintas particularidades que siempre resultarán enriquecedoras del accionar colectivo debemos encontrar el modo para que, unidos en la diversidad, se pueda hacer rendir el pluralismo en beneficio común” (Palabras en la Cámara Argentina de Comercio, 11/12/03).

De este modo, *pluralidad, derechos humanos, dignidad*, irrumpen en el imaginario kirchnerista, opacando, a través de un discurso liberal, los elementos populistas. Discurso ciertamente no novedoso, aparecido en los desplazamientos presentados en la gestión alfonsinista, una vez desestructurada –definitivamente, al parecer- la matriz populista.

Ahora bien, ya sea a través de dispositivos específicos de enunciación, o bien mediante el fundacionalismo propio de la matriz populista, Kirchner ha recuperado elementos de su tradición política, determinando una particular apuesta de reconstrucción del vínculo representativo: *Nación, refundación, Estado, antagonismo social*, aparecen una vez más, de este modo, en el imaginario político-cultural de la Argentina.

V. Reflexiones finales

“...circulan fragmentos de él mismo que se hacen pasar por él, que, según se cree, lo contienen casi por entero y en los cuales finalmente, le ocurre que encuentra refugio; los comentarios lo desdoblan, otros discursos donde finalmente debe aparecer él mismo, confesar lo que se había negado a decir, librarse de lo que ostentosamente simulaba ser...”

Michel Foucault. *Historia de la locura*.

Comenzábamos estas páginas con un breve recorrido por ciertos cambios acaecidos en el formato representativo de las democracias actuales: vínculos personalistas y directos entre el representante y los representados. Transformaciones que, en el escenario argentino, convivían con situaciones que podían ser consideradas como *crisis* del vínculo representativo. A partir de este escenario de *metamorfosis* y *crisis*, entonces, tanto Duhalde como Kirchner realizan una serie de apuestas para reconciliar, en sus propias palabras, la política y el gobierno con la sociedad. Lo que hemos analizado aquí son las apuestas que dichos presidentes desarrollan para regenerar ese vínculo de representación.

En primer lugar, hemos visto que los límites duhaldistas establecían una alteridad conformada por un pasado reciente, poblado por un *modelo* responsable por la –dramáticamente caracterizada– crisis de 2001. *Modelo* sostenido en una alianza entre el sector político y el financiero, con consecuencias económicamente recesivas y socialmente regresivas, que habían adquirido visibilidad en ese fatídico diciembre.

Ahora bien, frente a dicha alteridad Duhalde proponía una estrategia que resultaba dual: porque si, por un lado, la dramática crisis de 2001 hacía necesaria una propuesta conciliadora, de unificación nacional –y en este sentido, de eliminación de antagonismos y enfrentamientos considerados egoístas y espurios–; por otro lado, era necesario sentar las bases de un *nuevo modelo* que posibilite la subversión del *viejo*, causante, en definitiva, de dichos críticos acontecimientos. La *Nación* era asociada alternativamente a la unificación de la totalidad social y al interés de un sector particular de la misma. El adversario social, reinstalado luego de la ausencia menemista, era así incluido y excluido de los límites duhaldistas.

Nuestro segundo enunciador, como hemos visto, desde una posición de enunciación que recupera el *modelo de llegada* peronista, realiza un nuevo giro fundacional en la historia argentina, consistente en contraponer a un pasado demonizado, un futuro promisorio de bienestar. Para dicha operación era necesario el desdibujamiento de las fronteras delimitadas por gestiones previas y la demarcación de un punto de inflexión radical, a partir del cual construir una *nueva* Argentina signada por la inclusión y la equidad. La defensa de los derechos humanos, la defensa de la salud y la educación, la distribución del ingreso, el incentivo a la producción y el mercado interno eran otras de las tantas políticas que el Estado debía promover, convirtiéndose en el reparador de injusticias pasadas –del gobierno dictatorial como de las gestiones democráticas que le sucedieron–.

Dicha estrategia, asimismo, había supuesto una específica operación de semantización de las jornadas de 2001: si en efecto, múltiples significaciones circulaban durante dichos acontecimientos, Kirchner asume –y fabrica– para la ciudadanía una demanda particular: aquella comunidad sanadora que él venía a implantar. Obviaba, de este modo, que amplios sectores de la sociedad no sólo no habían sufrido bajo el paradigma de política desarrollado en las últimas décadas, sino que incluso, recurrentemente, lo habían defendido.

Ahora bien, a través de estas articulaciones, se delimitaba el antagonismo propio del campo político: los adversarios del *nuevo* país propuesto eran aquellos actores que en defensa del *modelo* pasado, se convertían en una amenaza del escenario actual. Antagonismo que, sin embargo, podía diluirse mediante la inclusión de dichos actores, previa regeneración moral, al interior de la comunidad nacional, más acá de las fronteras kirchneristas previamente descritas. Comunidad que no sólo proponía reasignar derechos perdidos sino que también buscaba construir un sentimiento de pertenencia a una totalidad.

De este modo, entonces, nuestro segundo enunciador se asentaba sobre los lineamientos de su antecesor, profundizando aún más sus articulaciones: aquel *modelo* identificado por Duhalde, por momentos vagamente, se define, en Kirchner, con una estricta precisión temporal que supera la imprecisión primera. En efecto, ya no es sólo el pasado reciente sino el período iniciado con el último gobierno dictatorial y culminado por el desastre de 2001. A su vez, ese pasado no sólo es dramatizado sino que incluso llega a ser en el imaginario kirchnerista, como hemos visto, propiamente infernal. Por último, el discurso de nuestro segundo enunciador

acentúa el rol del Estado, llegando a constituirse como el espacio comunitario de recomposición de las heridas causadas por dicho pasado infernal.

Mediante estas operaciones de profundización, entonces, los límites duhaldistas se transforman en abruptas y radicales fronteras en el discurso de su sucesor, llegando a producirse un nuevo giro fundacional en la historia argentina. Giro legitimado por aquel *modelo de la llegada* que Kirchner, a diferencia de Duhalde, parece explotar. *Exterior*, entonces, a las disputas que signan la clase política y a sus connotaciones negativas, Kirchner, a diferencia de Duhalde, es un actor capaz de reformar la pervertida sociedad. Reformarla, asimismo, porque a diferencia de su antecesor no parece *llegar* de manera transitoria – asumiendo un gobierno de emergencia-, sino que parece *llegar* para, por lo menos por un tiempo, ahondar aquellas operaciones discursivas delineadas precedentemente.

Entre estos desplazamientos, entonces, Kirchner intenta construir su liderazgo y recomponer el vínculo de representación con la ciudadanía. Habrá que ver, en todo caso, cuál es la efectividad de dicha apuesta y cómo *circula* esta nueva frontera política en el imaginario de la sociedad argentina.

Notas

¹ Licenciada en Sociología, becaria CONICET (IIGG-UBA).

² A saber: la elección de gobernantes por parte de los gobernados; la existencia de cierto margen de autonomía de los gobernantes respecto de los gobernados, en oposición al mandato imperativo; la independencia de la opinión pública respecto de los gobernantes; y, por último la decisión colectiva como producto de la deliberación (Manin: 1998).

³ De todos modos, cabe aquí mencionar que frente a dichas transformaciones de los partidos, junto con el debilitamiento del rol que asumen en el proceso de constitución de las identidades políticas y el lazo representativo, no puede diagnosticarse una desaparición de los mismos. Los análisis de S. Levistky (2002) y J. Auyero (2001) acerca del peronismo nos recuerdan que más allá de la constitución de los liderazgos por acción de la imagen mediática y la relación con la opinión pública, y en tensión con la misma, el partido continúa desempeñando un rol fundamental como aparato informal o *desorganización organizada*, consagrando una red relaciones y representaciones culturales compartidas en las clases populares. Dejaremos esta discusión para posteriores indagaciones.

⁴ El corpus construido integra los discursos emitidos por Eduardo Duhalde durante la totalidad de su gestión presidencial y los discursos de Néstor Kirchner durante el primer año de la misma.

⁵ La forma *estallido* se corresponde con aquellas formas de expresión ciudadana, espontáneas y desarticuladas, que, en un contexto de debilitamiento de las mediaciones partidarias, irrumpen en un espacio público mediatizado, ejerciendo un control y *poder de veto* frente a las decisiones del gobierno de turno. Para la lógica del *estallido* en términos generales, ver Schnapper (2004), y particulares al caso Argentino, Cheresky (2005).

⁶ Imposibilidad de conformación de la identidad, dado que si bien dicho exterior posibilita el proceso de conformación de un colectivo mediante el principio de diferenciación externa, al mismo tiempo, lo amenaza bloqueando su constitución identitaria *pura y plena* (Derrida: 1989).

⁷ Utilizaremos el concepto de *límite* para el discurso de Duhalde y el de *frontera* para el de Kirchner, basándonos en la acepción que establece Aboy Carlés para este último término: “entendemos por frontera política el planteamiento de una escisión temporal que contrasta dos situaciones diferentes: la demonización de un pasado, que se requiere aún visible y presente, frente a la construcción de un futuro venturoso que aparece como la contracara vis à vis de ese pasado que se pretende dejar atrás” (Aboy Carlés: 2004). Si bien esta operación aparece delineada en el discurso de Duhalde, se radicaliza plenamente en los desplazamientos kirchneristas. En las páginas siguientes quedará fundamentada dicha elección.

⁸ Nos remitimos aquí al universo conceptual que Eliseo Verón y Silvia Sigal utilizan para el análisis del discurso (1987; 2004): la *dimensión ideológica* de los discursos está dada por la posición que asume el sujeto de la enunciación, la posición que asume el destinatario y la imagen del mundo que se construye a partir de dicha relación. De este modo, se plantea un análisis que, a través de las marcas de enunciación, relacione los discursos con sus condiciones sociales de producción, criticando los análisis contenidistas que se concentran meramente en los contenidos del enunciado.

⁹ Es interesante, en este sentido, observar las respuestas que desde el periódico La Nación se presentan frente a dicha operación discursiva: “En la Argentina no ha fallado un sistema o un “modelo” económico-financiero. Han fallado las conductas políticas que no han atendido otra lógica que la de los intereses más bajos antes que el bien común. Y cuando ésa es la falla, no hay sistema o “modelo” capaz de dar resultado” (editorial de *La Nación*, 20/02/02).

¹⁰ Partiendo del lugar fundamental que poseen los medios de comunicación a la hora de establecer un sentido al acontecer social (Wolton: 1995; Boudieu: 2001), es interesante considerar aquí las respuestas articuladas desde el diario *La Nación* al discurso presidencial. La crisis, para este periódico, no era consecuencia *modelo neoliberal*, como el discurso presidencial establecía, sino que su causa última se encontraba en una clase política corrupta que, mediante sus demandas y apropiaciones, mantenía un Estado insolvente e ineficaz,

constantemente signado por el déficit fiscal. Era la vieja dirigencia del país la culpable de no acatar la racionalidad técnica propia de una gestión eficiente, convirtiéndose en la causa última del *caos* coyuntural, tanto en su dimensión social, política o económica. Veamos algunos ejemplos: “La Nación requiere un plan económico estratégico (...) la convertibilidad no cayó por sí misma, lo hizo porque no era sustentable con un esquema de gasto público creciente, financiado con deuda externa e interna (...) dada la histórica irresponsabilidad de la dirigencia (...) lo que ahora urge es recrear las instituciones políticas y económicas. Sólo instituciones fiscales creíbles, que imposibiliten un gasto público desbordado son las que reestablecerán la confianza. Reformar el Estado, hacer eficiente el gasto público, alcanzar el equilibrio fiscal (...), reestructurar la deuda, modificar la coparticipación y rearmar el sistema previsional y de salud son la prioridad, al tiempo que se regulariza la relación con el exterior, para volver a importar con fluidez” (columna de opinión de Manuel Alvarado Ledesma, 02/02/02). Asimismo, “los desafíos que enfrenta la Argentina son fundamentalmente políticos, más que económicos (...) un líder dispuesto a enfrentar determinados intereses recibiría en premio el crecimiento económico y una popularidad enorme” (columna de opinión de Sebastián Edwards, 01/02/01). De este modo, el modelo neoliberal era desplazado de todo posible horizonte de cuestionamiento, al ser la *crisis*, en última instancia, un específico problema de gobernabilidad.

¹¹ Cabe aclarar que si bien estos autores poseen planteos similares en relación a la disolución del antagonismo social que signaba el peronismo, difieren acerca de la noción de *vaciamiento del campo político*, utilizada por Eliseo Verón y Silvia Sigal para dar cuenta de la estrategia discursiva del discurso peronista. Por ella, Verón y Sigal hacían referencia a la operación de descalificación del adversario político identificado como no pertinente frente a los intereses de la Nación en su totalidad. Paula Canelo adopta dicha terminología para hacer referencia a la descalificación que efectúa Menem del adversario político; por el contrario, Aboy Carlés descarta dicho concepto –tanto para el peronismo como para el menemismo–, puesto que todo discurso y toda identidad política suponen una dimensión de alteridad al interior del campo político, resultando peligroso hablar en términos de un *vaciamiento* del mismo.

¹² Este desplazamiento pendular del discurso duhaldista también podía ser encontrado en el periódico *La Nación*: si, como hemos señalado más arriba, este diario planteaba a la clase política como la responsable de la crisis, impugnando, de este modo, la interpretación duhaldista; a su vez, reconocía como necesaria la construcción de cierta autoridad, compartiendo el discurso hobbesiano de pacificación del caos que Duhalde desarrollaba. “Lo que necesitamos es un presidente que tenga la autoridad moral para convocar a todos los argentinos a ser mejores individuos y a construir una sociedad mejor (...) Pero no alcanza con un presidente moral: también necesitamos un presidente eficaz. Un jefe de Estado que se sitúe por encima de los intereses sectoriales, provinciales o de grupos de poder y que trabaje para recrear una visión de nación proyectada con nitidez hacia el futuro.” (editorial de *La Nación*, 15/11/02). De esta manera, si bien Duhalde y *La Nación* presentaban dos modelos antagónicos de interpretación de los acontecimientos, existía cierto consenso entre ellos: el referido a la necesidad de la institucionalidad y orden de aquella coyuntura crítica. Dejaremos para posteriores investigaciones la profundización de este proceso.

¹³ Es interesante, asimismo, comparar estos desplazamientos con la acepción peyorativa que adquiere la *política* en el imaginario de los '90. En efecto, durante dicha década, la misma es identificada como el obstáculo irracional para la mentada modernización de la economía y el Estado, establecida por el Consenso de Washington; por el contrario, la *economía* se caracteriza como actividad puramente racional, capaz de impulsar la necesaria eficiencia para resolver el endémico problema inflacionario (Beltrán: 1999; Freytes: 2005).

¹⁴ El 26 de Junio de 2002, fuerzas policiales efectuaron una represión del intento de corte del Puente Pueyrredón, -ubicado en la localidad de Avellaneda- por parte de un conjunto movimientos sociales (Movimientos de Trabajadores Desocupados agrupados en la Coordinadora de trabajadores Desocupados Anibal Verón). Como resultado de este accionar, se produjeron dos muertes y centenares de heridos.

¹⁵ “Nos tocó vivir tantas cosas, nos tocó pasar tantos dolores, nos tocó ver diezmada esa generación de argentinos que trabajaba por una Patria igualitaria, de inclusión, distinta, una Patria donde no sea un pecado pensar, una Patria con pluralidad y consenso (...) que el hecho de pensar diferente no nos enfrentara, sino por el contrario, nos ayudara a construir una Argentina distinta” (Palabras en el encuentro de la militancia, 11/03/04).

¹⁶ “Tras dejar una fuerte secuela de desocupación, pobreza, marginación y exclusión social inéditas en nuestra historia, ha entrado en crisis la ideología del pensamiento único, del retiro del Estado, la concepción de que el mercado asegura por sí mismo la prosperidad social del conjunto, por medio del supuesto derrame” (Palabras en la Cumbre de Jefes de Estado del MERCOSUR, 16/12/03). “Versión fundamentalista, elitista, de que acá en Argentina se había terminado la posibilidad de analizar ideológicamente el país, que lo que importaba era cerrar una ecuación económica en la uniformidad, cualquiera fuera su resultado, y que había un pensamiento único y una forma de solucionar todas las cosas y todas las metodologías. Esta fue la década de los '90 que nos supimos conseguir” (Palabras en el acto de firma de convenios con universidades nacionales, 13/05/04).

¹⁷ “No puede ser que en este país durante toda una década o más los jóvenes triunfantes, los dirigentes triunfantes eran los que más plata hacían de cualquier manera” (Palabras en el acto de lanzamiento del Plan Nacional Anti-impunidad, 04/11/03). “No podemos seguir analizando la política argentina y las decisiones institucionales con la cultura y la práctica política de los '90 o con la que se fue cultivando del '76 en adelante que tuvo su profundización en aquel momento, donde parecía ser que cada decisión política tenía una alquimia maléfica para destruir otras cosas, otros hechos, otras personas o decisiones” (Palabras en el acto de asunción de la Lic. Ocaña como Directora Ejecutiva del PAMI, 06/01/04).

¹⁸ “Nos vamos a encontrar siempre con las políticas de los lobbies o de aquellos que escriben en distintos medios diciendo que si acá no se hace tal y tal política la Argentina es impracticable; claros agentes de determinados grupos concentrados de la economía” (Acto de lanzamiento del Plan “Manos a la obra”, 11/08/03). “Estos cuadros los tendrían que ver también algunos economistas, algunos comentaristas de la realidad argentina que viven hablando de déficit y superavit fiscales, para ver cómo viven hermanos que son hermanos de ellos también, para darse cuenta qué es lo que está pasando y lo que está sucediendo en esta Argentina, cuál es el superavit fiscal que va a solucionar el problema de la tremenda pobreza que tenemos entroncada en este país, que nos va a costar años levantarla por los golpes que hemos recibido” (Palabras en el acto de firma de convenio de plantas para el saneamiento de la cuenca del Río Reconquista, 18/08/03). “Pero ojo, llegamos a esto con la metodología y los conceptos neoliberales, los conceptos de estos economistas que ustedes ven en la televisión hablando permanentemente, o de estos hombres que se ponen serios para hablar de economía” (Palabras de acto de firma de convenios en el marco del programa nacional de saneamiento, 21/08/03). “¿O queda alguna duda de las presiones que me veo y nos vemos sometidos permanentemente, ya sea por determinados lobbies o grupos monopólicos en el país?” (Palabras en el homenaje a los caídos en Malvinas, 02/02/04).

¹⁹ Aboy Carlés ha señalado como operación característica de las articulaciones políticas argentinas el establecimiento de un *giro fundacional*, consistente en demonizar un pasado que se considera oprobioso frente al cual se propone una refundación de país, ejerciendo, de este modo, una ruptura abrupta y radical. Tanto el populismo como el alfonsinismo y el menemismo habrían desplegado dicha operación.

²⁰ En su conocido libro *Capitalismo, socialismo y democracia*, J. Schumpeter discute contra aquellas teorías clásicas de la democracia que suponen la existencia de un bien común y una voluntad del pueblo que debe ser representada –y, en este sentido, reflejada-. Por el contrario, el autor sostiene que la voluntad es fabricada por el propio caudillo político.

²¹ “Una nueva Argentina está naciendo, estamos llamando a todos a trabajar juntos por su grandeza” (Palabras en el día del Ejército, 29/05/03); “Les puedo asegurar que vamos a poder empezar a construir entre todos una Argentina diferente” (Palabras en La Matanza, 12/06/03); “Es dura y difícil la lucha cuando queremos hacer un nuevo país, cuando queremos hacerle entender a las grandes corporaciones económicas, a los intereses, a algunos economistas, que ya no es posible, como ellos sueñan, hacer una Argentina cerradita para ellos solos, que están estos miles de rostros, que se multiplican en toda la Argentina, que un verdadero proyecto económico no es aquel que solamente les permite vertebrar la aritmética sino que les permite a todos ustedes, a los millones de hermanos y hermanas que no tiene trabajo y que buscan un techo que los cobije, ser parte activa de la Argentina y que la bandera de nuestra Patria les devuelva la cobertura de justicia y dignidad perdida” (Palabras en Florencio Varela, 05/08/03).

²² “Todos los que tenemos responsabilidades, todos los que abrazamos la política como una causa transformadora, todos los que sabemos que a la política se la ha desprestigiado permanentemente tratando de aprovechar la situación que generaron muchos dirigentes que prefirieron ser empleados de ciertos intereses antes que defender los intereses del conjunto del pueblo argentino (...) porque tenemos que volver a demostrar que las

instituciones pueden estar y pueden servir para construir un país diferente” (Palabras en el acto de asunción del titular del PAMI, 14/08/03).

²³ “Todos los que tenemos responsabilidad de Gobierno debemos tener un claro sentido de responsabilidad y de racionalidad, pero no la racionalidad que nos dieron en la década del '90 en el sentido de que la racionalidad era ajuste, era cirugía sin anestesia, era corrupción, era concentración económica y distribución injusta del ingreso; para nosotros racionalidad debe ser cómo llegamos con los mecanismos más claros y precisos, con todos los fundamentos para encontrar las respuestas que nuestra sociedad necesita (...) trabajo, inversión y posibilidades concretas para todos los argentinos” (Palabras en la firma del convenio del Plan Nacional “Manos a la obra”, 23/12/03). Asimismo, “¿Qué es la racionalidad, amigos y amigas, compañeros y compañeras? ¿La racionalidad es bajar la cabeza, acordar cualquier cosa pactando disciplinada y educadamente con determinados intereses, y sumar y sumar excluidos, sumar y sumar desocupados, sumar y sumar argentinos que van quedando sin ninguna posibilidad? ¿O la racionalidad es trabajar con responsabilidad, seriedad, con fuerzas para abrir las puertas de la producción, del trabajo y del estudio para todos los argentinos?” (Palabras en el encuentro de la Militancia, 11/03/04). Es interesante, en este sentido, comparar estas afirmaciones con los desplazamientos del imaginario político característico de la década precedente –sostenido, asimismo, por los sectores con los cuales Kirchner disputa en el escenario actual-, en el cual, como hemos señalado anteriormente, la política constituía el obstáculo irracional para la tan mentada modernización económica.

²⁴ J. C. Torre ha escrito acerca de la posición de outsider que Kirchner establece respecto de la clase política, posibilitando el desempeño de una gran operación de transversalidad en la escena política.

Bibliografía

- Aboy Carlés, Gerardo (2001). *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*, Homo Sapiens, Rosario.
- (2004). “Repensando el populismo”, en Revista *Política y Gestión* N° 5, Buenos Aires.
- (2005). “Populismo y democracia en la Argentina contemporánea. Entre el hegemonismo y la refundación” en *Estudios Sociales*, N° 28, Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe.
- Alighieri, Dante (1998). *Divina Comedia*, Cátedra, Madrid.
- Armony, Víctor (2005). “Aportes teórico-metodológicos para el estudio de la producción social de sentido a través del análisis del discurso presidencial” (mimeo).
- Auyero, Javier (2001). *La política de los pobres. Las prácticas clientelares del peronismo*, Manantial, Buenos Aires.
- Bajtín, Mijail (1982). *Estética de la creación verbal*, Siglo XXI, México.
- Beltrán, Gastón (1999). “La crisis de finales de los ochenta bajo la mirada de los sectores dominantes. Justificación e inicio del proceso de reformas estructurales de los años noventa” en *Epoca. Revista argentina de economía política*, N° 1, Buenos Aires.
- Bourdieu, Pierre (1996). *Cosas dichas*, Gedisa, Barcelona.
- (2001). *Sobre la televisión*, Anagrama, Barcelona.
- Canelo, Paula (2002). *La construcción de lo posible: identidades y política durante el menemismo. Argentina, 1989-1995*, FLACSO, Buenos Aires.
- Cheresky, Isidoro (1998). “La ciudadanía, la opinión pública y los medios de comunicación. Ciudadanía y política en la Argentina de los noventa” en Revista de Ciencias Sociales, N° 10, Universidad de Quilmes, Buenos Aires.
- Cheresky, Isidoro y Pousadela, Inés (comps.) (2001). *Política e instituciones en las nuevas democracias latinoamericanas*, Paidós, Buenos Aires.
- Cheresky, Isidoro (2005). “Ciudadanía y sociedad civil en la Argentina renaciente”, mimeo.

-
- Manin, Bernard (1992). “Metamorfosis de la representación”, en Mario do Santos (coord.) *¿Qué queda de la representación política?*, Nueva Sociedad, Caracas.
- Derrida, Jacques (1989). *Márgenes de la filosofía*, Cátedra, Madrid.
- Ferry, Jean-Marc, Wolton, Dominique, et al (1995). *El nuevo espacio público*, Gedisa, Barcelona.
- Foucault, Michel (1992). *Historia de la locura en la época clásica*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Heredia, Mariana (2004). “El proceso como bisagra. Emergencia y consolidación del liberalismo tecnocrático: Fiel, FM y CEMA”, en Pucciarelli A. (Coord.) *Empresarios, tecnócratas y militares. La trama corporativa de la última dictadura, Siglo XXI*, Buenos Aires.
- Laclau, Ernesto (2004). *Hegemonía y estrategia socialista*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Lefort, Claude (1985). “La invención democrática”, en *Revista Opciones*, Santiago de Chile.
- Levistky, Steven (2002). “Una desorganización organizada: Estructura y dinámica interna de la organización partidaria de base del peronismo contemporáneo” en *Revista Política y Gestión*, volumen 3.
- Manin, Bernard (1992). “Metamorfosis de la representación”, en Mario do Santos (coord.) *¿Qué queda de la representación política?*, Nueva Sociedad, Caracas.
- (1998). *Los Principios del Gobierno Representativo*, Alianza, Madrid.
- Marshall, T. H. y T. Bottomore (1996). *Citizenship and Social Class*, London, Pluto Press.
- Natanson, José (2004). “Lo político no es necesariamente malo”, en Natanson, J. *El presidente inesperado*, Homo Sapiens, Rosario.
- Novaro, Marcos (1994). *Pilotos de tormentas. Crisis de representación y personalización de la política en Argentina (1989-1993)*, Ediciones Letra Buena, Buenos Aires.
- (2000). *Representación y liderazgo en las democracias contemporáneas*, Homo Sapiens, Rosario.
- (1995). “Menemismo y peronismo. Viejo y nuevo populismo” en Sidicaro, Ricardo y Mayer, Jorge (comps.) *Política y sociedad en los años del menemismo*, Eudeba, Buenos Aires.
- Palermo, Vicente y Novaro, Marcos (1996). *Política y poder en el gobierno de Menem*, Grupo Editorial Norma, Buenos Aires.
- Pousadela, Inés (2004). “Los partidos políticos han muerto! Larga vida a los partidos!” en Cheresky, Isidoro y Blanquer, J. M. (comps.) *¿Qué cambió en la política argentina?. Elecciones, instituciones y ciudadanía en perspectiva comparada?*, Homo Sapiens, Rosario.
- Schnapper, Dominique (2004). *La democracia providencial*, Homo Sapiens, Rosario.
- Schmitt, Karl (2001). *Carl Schmitt, teólogo de la política*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Schumpeter, Joseph (1952). *Capitalismo, socialismo y democracia*, Aguilar, Madrid.
- Sigal, Silvia y Verón, Eliseo (2004). *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Hipamérica, Buenos Aires.
- Rousseau, Jacques (1998). *Discurso sobre el origen de la desigualdad*, Editorial Porrúa, México.
- Verón, Eliseo (1987). “La palabra adversativa”, en *E Discurso Político*, Hachette, Buenos Aires.
- Torre, Juan Carlos (2004). “La operación política de la transversalidad. El presidente Kirchner y el Partido Justicialista”, presentado en la Conferencia *Argentina en perspectiva*, Universidad Torcuato Di Tella.

- Williams, Raymond (2000). *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península

Fuentes documentales

-Discursos del Presidente Eduardo Duhalde. Enero 2002- Mayo 2003. Comunicación Presidencia de la Nación. CD-ROM.

-Discursos del presidente N. Kirchner del 25/05/03 al 25/05/04, página web www.presidencia.gov.ar

-Diario *La Nación*, febrero de 2002, página web www.lanacion.com.ar